(01017)

Radio Pelota

—Entrando sintonía. Diez segundos y hablando…

La musiquilla cantarina empezó a llenar la estancia. El programa "Radio Pelota" empezaba su emisión a las once y media de la noche. Durante treinta minutos un pequeño equipo de "profesionales" informaba (o algo así) sobre la actualidad deportiva local antes de dar paso al programa de ámbito general, al que debían conectarse todas las emisoras de la cadena, y donde se proseguía con las noticias nacionales e internacionales.

» Buenas noches, queridos deportistas.

La voz algo cavernosa del jefe de la redacción deportiva, un tipo entrado en años al que todos deseaban pronta jubilación, abrió el programa con su muletilla habitual. Así llevaba haciéndolo desde que hacía cuarenta años se puso delante de un micro. Hijo de un gerifalte local, no le fue nada difícil entrar en su primera emisora.

Luego fue pasando de una a otra hasta completar el círculo, aunque siempre sin salirse por la tangente: lo suyo fue, era y sería (por poco tiempo, esperaban sus subalternos) informar exclusivamente sobre las idas y venidas de la pelota. Habitualmente, la pelota de fútbol.

» Buenas, buenísimas, estupendísimas, requete felicísimas noches, amigos y amigas. Con la resaca del triunfo de nuestro Rayo de Mospintoles, ascendido por primera vez en su historia a la División de Plata del fútbol español, les presento, como siempre, a mis colaboradores: Nacho, Jacinto y la bella Susana.

Don Faustino no tenía sueño aunque ya estaba en la cama. Una vez más se revolvió en ella y harto de no poder cerrar los ojos, dio la luz de la lámpara de noche, pulsó el interruptor de la radio despertador y puso cara de oveja.

» Toda la ciudad está que no cabe en sí de gozo por el exitazo de nuestro equipazo —el que hablaba era Nacho, el perfecto pelota del veterano jefe y al que le venía que ni pintado el nombre del programa—**. Qué les vamos a decir a ustedes que ya no sepan. Pero siempre se puede saber más, así que para eso estamos esta noche, para rizar el rizo de la información.**

» En efecto —ahora era el tal Jacinto quien empezaba su puesta de micro— **corren rumores por Mospintoles de que a Piquito lo pretende el Atlético de Madrid y hoy todo el mundo nos paraba por la calle preguntándonos al respecto. Caras muy serias…**

El profesor sí que tenía el rostro circunspecto escuchando a aquellos gansos de las ondas. Iba a cambiar rápidamente de emisora pero detuvo el dedo en seco. Por Susana, claro. Nunca la había escuchado antes en aquel programa de radio así que, instintivamente, sintió curiosidad por oír a aquella chiquilla que, convertida en toda una mujer, había pretendido sonsacarle en el Bar Manolo algunas privacidades juveniles del nuevo Aquiles de Mospintoles, un tal Piquito.

» Querida Susana, buenas noches. ¿Qué cosas dice la gente sobre esos rumores de traspaso?

» Buenas noches. Incredulidad. Pasmo. Sorpresa. Variaciones sobre una misma sensación: estupor.

La chica le daba mil vueltas a aquel vejestorio de jefe pero era una recién llegada a la casa y debía mantenerse en segundo plano, aún cuando ella tuviese la exclusiva de algunas noticias, conseguidas casi siempre tras patearse la calle y los despachos. Por eso tenía que aprovechar muy bien los minutos de juego que le daban para sentar cierta cátedra. Ella, una periodista universitaria, frente a aquellos meapilas enchufados y rutinarios.

» Sabemos que el pez grande se come siempre al chico pero Piquito es todavía muy joven y aunque tiene una gran proyección, los aficionados piensan que al menos un par de años podría jugar en el Rayo. Es el tiempo mínimo que el equipo necesitaría para asentarse en Segunda División o, quien sabe, subir a Primera…

—Eso no te lo crees ni tú, chiquilla… —don Faustino, saltaba a la vista, era un incrédulo.

» A ver, Nacho —el jefe cedió toda la gloria a su pelota mayor—**. ¿Se va Piquito al Atlético o no se va?**

» Pues… no sé… fuentes bien informadas… —el tipo no sabía cómo cabecear aquella pelota de gol, por imprevista.

» ¿Qué dice el presidente López?

» Pues creo… que…

—Valiente estúpido… —("don Faustino, cierra esa boca que es de mala educación, hombre…").
» En resumidas cuentas —el gran jefe volvió a coger y dominar de nuevo el balón— **que el río baja revuelto…**

» Si me permitís… esta misma tarde he hablado con López… —terció tímidamente Susana.

» Pero, ¿no está de viaje por Alemania? —el tal Jacinto saltó al quite.

» En efecto —continuó la joven, decidida a no dejarse mojar la oreja ni las bragas por aquellos impresentables canosos— **el señor López está por tierras alemanas en busca de jugadores para el Rayo. Esta tarde pude hablar con él, por teléfono, claro** —al tiempo que añadía cierto retintín a sus últimas palabras, dirigió una mirada asesina al inútil del Jacinto— **y me confirmó que en efecto…**

—Tengo que hablar con María a ver si hace algo por esta chica. Es la única que vale un euro en este puto programa… —el Sebas escuchaba atentamente la radio, sentado en el sofá del salón, con un cubata en la mano y un cigarro en la otra. Su hijo Sergio estaba conectado a la televisión mediante el mando de la Play Station.

» Pero —la cortó el Gran Jefe— **la pregunta que se hacen todos los aficionados es si Piquito…**

—¡Gilipollas! —el cabreo del Sebas iba en aumento al ver que aquellos zoquetes no dejaban terminar la exposición a la chica—. ¡Déjala hablar, hombre!
—Papá, cuidado con las palabrotas que luego te sube el colesterol…

» **…por tanto…** —el Jefazo seguía balbuceando y perdiendo tiempo— **la clave está en cuántos millones de euros ofrece el club colchonero porque si son muchos…**

—¡Y pensar que a estas horas habrá más de diez mil personas oyendo a estos destripaterrones! —se dijo don Faustino—. Claro que yo soy uno de ellos… Señor, señor…

—Es que son inútiles, oye. Diez minutos llevan dándole a la sin hueso y todavía no han dicho nada que nos pueda tranquilizar sobre Piquito y a la única que sabe algo no la dejan hablar…
—Papá, Piquito acabará en el Real Madrid, tenlo por seguro. Ese pedazo de jugador tiene que jugar en el Real. Y entonces los del Barça ya no vais a oler la Liga ni en pintura… –mientras hablaba, Sergio no paraba de aporrear el mando de la Play comprobando el resultado en la pantalla: una escabechina de marcianos muertos.
—Entonces mejor que se lo lleve el Atlético…

» Susana, te hemos interrumpido antes. ¿Qué te dijo el presidente desde Alemania?

—¡Al fin reconoce su error este indocumentado! —Sebastián se acercó aún más al transistor.

» López, que se encuentra en Centroeuropa expandiendo sus empresas, me ha dicho: "Piquito es demasiado joven para que pueda jugar con éxito en un equipo de la capital. Al menos tenemos dos años por delante para disfrutar con el juego del chaval, lo que no impide que en este tiempo puedan hacerse precontratos de cara al futuro". Esto me dijo textualmente —y, nuevamente, acentuando el énfasis en el "me", Susana quiso dejar bien claro quién era la que en aquel programa disponía de la información más veraz y precisa.

» Cabe deducir, por tanto —de nuevo volvía a tomar las riendas el jefe de redacción, resumiendo la cuestión y haciéndola suya— **que el Rayo tiene por delante un par de años de tranquilidad gracias a las buenas dotes del presidente López y que muy pronto llegarán al equipo importantes refuerzos procedentes de esa tierra tan futbolera como es la Germania…**

—¡Anda y que os zurzan! —don Faustino apagó la radio. Sin duda Susana tenía madera de periodista y aquella feroz lucha contra los otros tres le haría más fuerte y mejor—. Voy a pensar en Piquito a ver si me entra el sueño de una vez…

» Unos anuncios comerciales y regresamos en cinco minutos…

Sebastián apagó también la radio. Aquella chica de las ondas, a la que le encantaría conocer, le había tranquilizado sobremanera. Y el señor López. Piquito seguiría al menos una temporada más en el Rayo y él estaba dispuesto a no perderse ni un solo partido ni un entrenamiento. Mientras dirigía la mirada hacia su hijo, que seguía dale que te pego matando marcianitos, escuchó el llavín de la puerta y, segundos después, vio a María, su señora.
—Uf, qué cansada… Pero Sebas —la doña, al ver al hijuelo darle a las teclas, torció aún más el gesto— ¿a estas horas y todavía está Sergio levantado? ¡Si al menos estuviera estudiando…!
—Estoy estudiando cómo matar muchos marcianitos con el menor número de disparos, mami…
—Menos cachondeo, niño, que todo el que te sobra en casa te falta en la calle. ¿Y tú, qué? —dirigiendo la mirada hacia el sofá donde permanecía callado el doño—, con el cubata y el cigarrito y que el niño haga de su capa un sayo…
—Mujer, me ha dicho que no tiene deberes para mañana, el pescado ya lo tiene vendido…
—Querrás decir "podrido". Tenemos una próxima tutoría con don Faustino y me huele que le van a suspender todas las asignaturas menos la gimnasia. No estudia, no le obligas, no colabora en las tareas mínimas de la casa, se le van a poner los dedos de las manos más gordos que los de los pies de tanto jugar a la Play. Yo no puedo estar en todo, Sebas. El Ayuntamiento me absorbe todo el tiempo. La oposición me tiene en el punto de mira. Los periodistas están a la que salta. Eres tú el que tiene más tiempo para estar encima de Sergio y obligarle a que cumpla con sus obligaciones de hijo y de estudiante. Y de irse a la cama a las once. Así que, hijo, indulta a todos los marcianos que aún quedan vivos y… directo para el catre. Y ni una protesta más que ya bastante tengo con

los concejales de la oposición. Dame un beso y hasta mañana, Sergio. Y no se hable más…

Sergio apagó la tele en un santiamén, besó a su madre, guiñó un ojo al padre —que le devolvió el detalle— y salió corriendo hacia su habitación.

—¿Y tú no dices nada? Anda, déjame dar una calada que vengo hoy con un cabreo de mil pares de narices —y quitándole el cigarrillo de las manos a su maridín, lo chupó, respiró hondo y se echó medio derrengada en el otro sofá; Sebastián seguía sin decir ni pío—. ¿Qué, pescadero? Desde que se acabó la Liga parece que la lengua la tienes dormida…
—Piquito seguirá al menos un año más en el Rayo…
—Piquito… Así va el país, unos pocos preocupados porque funcione como es debido y la gran mayoría perdiendo la sesera por un chiquillo que no sabe enlazar dos palabras seguidas. ¡Qué país!